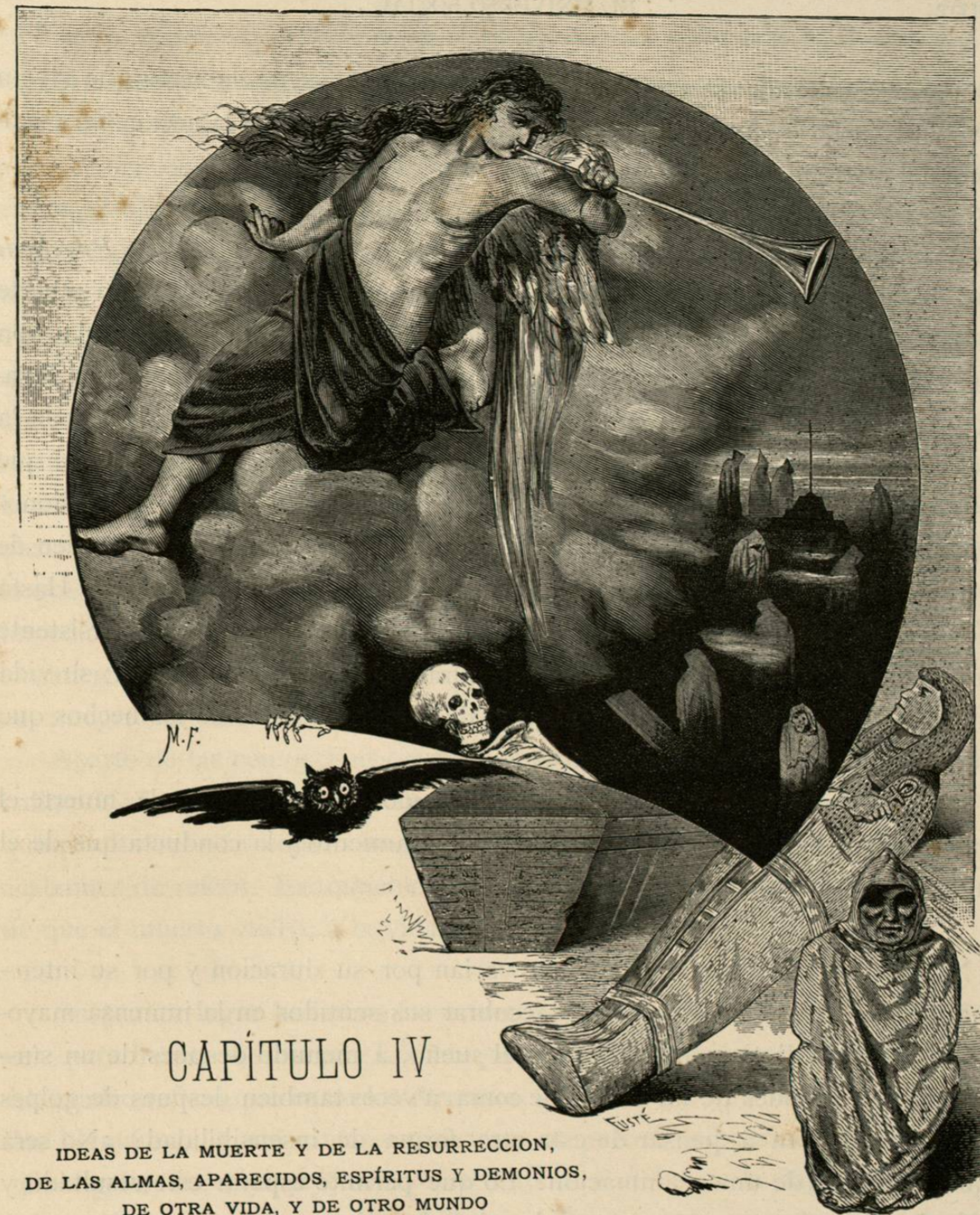
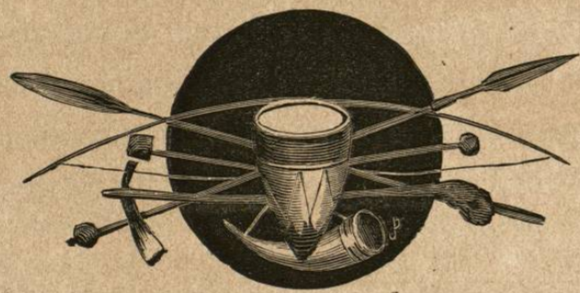


rido no tarda en «volver en sí,» y no se vuelve á ir; ora volviendo á sí al cabo de larga ausencia, abandona pronto su cuerpo por tiempo indefinido. Finalmente, en lugar de estos regresos temporales seguidos de una ausencia final, sucede á veces que un golpe violento produce, desde el primer momento, la ausencia continua, un estado en que no se vé la vuelta del otro yo.



CAPÍTULO IV

IDEAS DE LA MUERTE Y DE LA RESURRECCION,
DE LAS ALMAS, APARECIDOS, ESPÍRITUS Y DEMONIOS,
DE OTRA VIDA, Y DE OTRO MUNDO

SIN vacilar admitimos que es fácil distinguir la muerte de la vida, y no dudamos que siempre se ha debido saber como hoy que el término natural de la vida es la muerte. En ambos puntos estamos en un error.

«Nada más cierto que la muerte; nada á veces más incierto que la realidad de la muerte; citanse numerosos ejemplos de personas enterradas prematura-

hablaban al cuerpo «á veces en son de reproche porque les abandonaba; otras suplicaban á su espíritu que velase por ellos y los preservase de todo mal.» En sus lamentaciones, los Caribes pedían «al muerto que dijese por qué abandonaba el mundo.» En el Lorngo, los parientes de un muerto le dirigen preguntas por espacio de dos ó tres horas para hacerle decir por qué se ha muerto. En la Costa de Oro «se interroga al mismo difunto» por la causa de su muerte: Beecham nos lo dice y Winterbottom lo confirma. Lo mismo hacen cuando depositan alimentos junto al cadáver, etc. Entre los Todas, el sacrificador habla al muerto, nombra la vaca que acaba de inmolar y «dice que se la envía para que le sirva de compañía.» Entre los Bechmanas, nos dice Moffat, una anciana que lleva objetos á la tumba, dirige al cadáver estas palabras: «¡Aquí teneis!» Segun Hall, los Innuitas visitan las tumbas, hablan á los muertos, les ofrecen alimentos, pieles, etc., diciendo: «Aquí teneis, Nu-Kerton, algo para comer y para abrigaros.»

Como autoriza á suponerlo este último hecho, esta conducta, adoptada en un principio respecto á los que acaban de morir, es tambien extensiva respecto á los que han muerto algun tiempo antes. Entre los Bagos, dice Caillé, despues que se ha enterrado al muerto, «sus parientes se le dirigen y le hablan, creyendo que atiende á lo que le dicen.» A veces lo mismo sucede luego que se ha quemado el cadáver: entre los Kukis, «los amigos del muerto le hablan y le enumeran sus buenas cualidades.» Finalmente, los Malgaches no se limitan «á hablar al muerto con tono apasionado:» entran en el lugar de la sepultura y manifiestan á los muertos que les rodean, que un pariente va á reunirse con ellos y les piden que lo reciban bien. Pueblos relativamente adelantados como los de la América antigua, conservan esta costumbre y hasta la han perfeccionado en sumo grado. Los Mejicanos dan al muerto ciertos papeles; al entregarle el primero le dicen: «Con éste pasareis sin peligro por entre las dos montañas que combaten una contra otra;» al segundo: «Con éste marchareis sin encontrar obstáculo por el sendero que guarda la gran serpiente;» al tercero: «Con éste atravesareis con seguridad el lugar en que están el cocodrilo y el ochitonal.» En el Perú, los caballeros jóvenes, al ser iniciados, se dirigen á sus antepasados embalsamados, pidiéndoles «que hicieran á sus descendientes tan dichosos y tan valientes como ellos fueron.»

Habiendo reconocido nosotros que en un principio se ha visto en la muerte una especie de vida temporalmente suspendida, estos usos no parecen absurdos. Primeramente, simples llamamientos eficaces cuando se trata de despertar á un hombre dormido y á veces á un individuo desmayado, el acto de hablar

al muerto se desarrolla en diverso sentido; subsiste como costumbre cuando no se espera ya la vuelta del muerto á la vida.

La creencia de que la muerte es una vida largo tiempo suspendida produce otro efecto, ya señalado en algunas citas que hemos hecho. Me refiero á la costumbre de dar alimentos al cadáver, en ciertos casos de alimentarlo, y en la mayor parte de ellos de depositar á su lado comestibles y bebidas.

Sucede á veces en el estado de catalepsia, que el paciente, por insensible que esté, traga los bocados que se le introducen en la boca, y hay una costumbre proveniente ó no de la experiencia de este hecho, que implica la creencia de que la muerte es un estado próximo á la catalepsia. Earl refiere que los insulares de Alsú, que son Papúes, hacen varias tentativas de hacer comer al cadáver por espacio de algunos dias despues de la muerte; «y cuando ven que no toca á lo que le presentan, le llenan la boca de alimentos, de siré y de arrack, hasta que el líquido se derrama por el cuerpo y cubre el suelo.» Entre los Tahitianos, «si el muerto era un jefe ilustre, se designaba á un sacerdote ó á otra persona para servir al cuerpo y llevar alimentos á su boca varias veces al dia.» La misma costumbre tienen los Malayos de Borneo: cuando un jefe muere, sus esclavos cuidan de proveer á sus imaginarias necesidades; le abanicán y le dan siri y nuez de betel. Harkness cuenta que los Bayadas «echan frecuentemente un pequeño grano en la boca del muerto en el intervalo que separa el fallecimiento de la incineracion del cuerpo.»

Pero lo más común es que se quiera dar al muerto alimentos de que pueda servirse si llega á necesitarlos. En ciertos casos se les ofrecen mientras se espera el entierro. Los Fantis, por ejemplo, ponen «carnes y vinos para uso del espíritu del muerto,» junto al sofá en que el cuerpo está depositado; los Karens «ponen alimentos al lado del cadáver para que se mantenga con ellos» antes del entierro y despues. Los Tahitianos y los Hawaianos, que exponen sus muertos sobre estrados, ponen cerca de ellos frutas y agua; y los naturales de Nueva Zelanda, que llevan tambien provisiones á sus muertos, «afirman que durante la noche el espíritu del muerto se alimenta con el contenido de las calabazas sagradas.» Herrera nos habla de ciertos Brasileños que depositan al muerto en «la red ó hamaca en que acostumbraba á dormir, y durante los primeros dias que siguen á su muerte, le llevan de comer como si reposase en su lecho.» Finalmente, se halla en los Peruanos otro ejemplo de la creencia de que los cuerpos privados de sepultura necesitan refrescos: celebraban un banquete fúnebre, «esperando al alma del muerto que debía asistir para comer y beber.»

»mente, ó ya llevadas á enterrar antes que se hubiese descubierto que vivian »todavía; hasta las ha habido, se dice, que han resucitado á la accion del escal- »pelo del anatomista.»

A continuacion de este párrafo, que tomo de la *Ciclopedia of Practical Medicine* de Forbes y Tweedie, se lee un exámen de las señales de la muerte tenidas comunmente por decisivas, seguido de la conclusion de que todas son falaces. Si, pues, con la experiencia acumulada que la civilizacion nos ha legado, y tambien con la experiencia de la muerte natural que se adquiere con la observacion directa en la respectiva familia, no podemos estar seguros de que el muerto recobrará ó no sus sentidos, ¿qué juicio hemos de esperar del hombre primitivo, que, falto de todo conocimiento transmitido, carece tambien de las numerosas ocasiones que nosotros tenemos de ver la muerte natural? Hasta tanto que los hechos no lo han probado, no puede saber que la persistente tranquilidad que observa es el término natural del estado de actividad; su vida errante y depredadora le tienen alejado de la mayor parte de los hechos que demuestran esta verdad.

Dadas, pues, tales circunstancias, ¿qué ideas se forma de la muerte el hombre primitivo? Veamos el curso de su pensamiento y la conducta que de él resulta.

Nota estados de insensibilidad que varian por su duracion y por su intensidad. Ve salir de ellos al hombre y recobrar sus sentidos en la inmensa mayoría de los casos: diariamente despues del sueño, á menudo despues de un síncope, á veces despues de un estado de coma, á veces tambien despues de golpes ó heridas. ¿Qué va á pensar de esta otra forma de insensibilidad? ¿No será tambien seguida de una reanimacion? Lo que permite esperar este resultado y fortifica esta esperanza, es que el hombre ha observado algunas veces que vuelve la vida cuando ya no se la esperaba. Un individuo al que se iba á enterrar ó á quemar vuelve repentinamente en sí. Para el salvaje este hecho no quiere decir, como para nosotros, que el tenido por muerto no lo estaba; es un suceso que le ayuda á convencerse de que la insensibilidad de la muerte es, como todas las demás, temporal. Aunque fuese capaz de crítica en vez de ser incapaz, los hechos concurririan para autorizarle á creer que en estos casos la reanimacion no está sino aplazada para un momento más lejano.

Esta confusion, que naturalmente debia preverse, existe en efecto, y de ello tenemos prueba directa. Arbousset y Daumas citan el proverbio de los Bosqui-

manos: «La muerte no es más que un sueño.» Bonwick, que nos habla de los Tasmanios, escribe: «Cuando pregunté á Mungo por qué se clavaba un chuzo en la tumba del muerto, me respondió tranquilamente: para que se sirva de él en los combates cuando se despierte.» Los Dayaks mismos, esta raza tan superior, tienen, segun Saint-John, grande dificultad para distinguir el sueño de la muerte. » Perceval dice que cuando un Toda muere, los suyos «alimentan todavía la esperanza de que se verifique la reanimacion, en tanto que no ha comenzado la putrefaccion.» La idea de un despertar se vé aun más claramente en el fondo de las razones alegadas para justificar las prácticas de dos tribus, una del mundo antiguo, otra del nuevo, en las que se vé la más completa mezcla de brutalidad y de estupidez. Galton refiere que los Damanas cosen el cadáver «en una vieja piel de buey,» y que lo entierran luego en un agujero, despues de lo que «los espectadores saltan hácia adelante y hácia atrás sobre la tumba para impedir que el muerto salga de ella.» Southey nos dice que los Tupis «ataban los miembros del cadáver, á fin de que el muerto no pudiese salir y molestar á sus amigos con sus visitas.»

Aparte de las convicciones confesadas y de las razones que de ellas se dan, hallamos abundantes pruebas de la verdad de nuestra opinion en la conducta que resulta de estas convicciones, por ejemplo las reveladas por los hechos que acabamos de referir. Examinemos los diversos actos provocados por la creencia de que el muerto vuelve á la vida.

En primer lugar hallamos los esfuerzos que se hacen para reanimar el cadáver, para llamar al otro yo. Los hay apasionadísimos á veces y muy horribles. Alexandre refiere que entre los Arauaks, un hombre que había perdido á sus dos hermanos, «cortó ramas espinadas y se puso á golpear con ellas sus cadáveres, gritando: ¡ay! ¡ay! como si él sintiese el dolor de la flagelacion. Viendo que era imposible reanimar la arcilla sin vida que golpeaba, les abrió los párpados y les maltrató los ojos y el rostro con sus espinas. Leemos tambien en Sparman que los Hotentotes injurian y maltratan á los moribundos y á los que acaban de espirar, reprochándoles su partida.

Estos usos nos llevan á considerar otro muy extendido que consiste en hablar al cadáver, primeramente con el objeto de comprometer al doble viajero á que regrese, en segundo lugar porque se quiere conquistar su benevolencia. Los Fijianos creen que un llamamiento hace volver algunas veces en el momento de la muerte. Se dice que los Mundis ú Hos, llaman al espíritu del cadáver que han quemado, para que vuelva. Cruickshank dice que los Fantis